

# TÚ, YO Y EL ALZHEIMER

## VALENTINA

Hola, mi nombre es José Luis, tengo 35 años y vivo con mi madre, la cual padece de alzheimer. Fue hace alrededor de ocho años cuando a mi madre, que ahora tiene 74 años, le diagnosticaron alzheimer. Hasta ese momento, no tenía ni la más remota idea de qué era esa enfermedad, así que, decidí buscarla en Internet. "Enfermedad degenerativa que se caracteriza por una pérdida de la memoria inmediata y de otras capacidades mentales". En ese instante no sabía qué hacer ni qué decir, así que decidí seguir haciendo vida normal, un poco más relajado, tras algunas pastillas que le recetó el médico para que el proceso fuese más lento. Él me tranquilizó al asegurarme que pasarían varios años hasta que mi madre fuese totalmente dependiente. Yo, como siempre, iba a visitar a mi madre todos los domingos y comía el cocido que ella me preparaba. Poco a poco, íbamos detectando pequeños síntomas de la enfermedad: olvidaba qué había comido el día anterior o cuántos litros de leche tenía que comprar, pero lo veía normal debido a su edad. Tampoco me preocupó cuando, uno de los domingos, al cocido le faltaron los garbanzos, ni cuando tuvimos que hacer un nuevo juego de llaves, porque, por más que buscamos el viejo por toda la casa, no fuimos capaces de encontrarlo. Ahora que lo pienso, creo que trataba de engañarme a mí mismo sobre la verdadera gravedad de la enfermedad. Es muy duro aceptar que la mujer fuerte, decidida y valiente, como su propio nombre indica, que siempre cuidó de ti y de todo tu entorno,

se estaba convirtiendo en una persona insegura y débil. Incluso en ocasiones llegué a enfadarme por comportamientos impropios de ella, como comprar demasiada comida, olvidar poner la lavadora o por tener que contestar por octava vez en una hora a la misma pregunta.

Un familiar nos recomendó que asistiera a clases de estimulación de la memoria que impartían en el centro de la Asociación de Familiares de Enfermos de Alzheimer en nuestra localidad. Mi madre asistía ilusionada y de muy buen grado. Aparte de ejercicios para la memoria, hacían manualidades, pequeños ejercicios para favorecer la movilidad de sus articulaciones, asistían a conciertos y a actuaciones teatrales, etc...

Aunque parecía que el proceso de la enfermedad se había ralentizado, pequeños indicios nos impedían relajarnos del todo: si quedaba con ella para llevarla al médico, cuando llegaba a su casa, ya se había ido o me llamaba por teléfono dos horas antes, preguntándome que dónde me había metido, que llevaba media hora esperándome.

Así transcurrieron los meses y los años. Después de las pastillas le recetaron unos parches más efectivos, pero que no impedían del todo que la enfermedad siguiese avanzando. Hasta que un día, hará un año, mi madre se negó a abrirme la puerta porque no me reconocía. Tuve que llamar a los servicios médicos y a la policía para que abrieran la puerta y desde entonces, vivo con ella, aunque no me reconoce como su hijo, (algunas veces me confunde con su hermano Antonio que murió durante la guerra y otras con mi padre), y ya se ha vuelto totalmente dependiente.

Y es que esta enfermedad es implacable y terrible. Lo peor es que, por ahora, es incurable y tampoco se conocen las causas exactas que lo

provocan. Y como siempre, la investigación para tratar de curarlo y prevenirlo no cuenta con ayudas suficientes del Gobierno, ya que nunca dispone de los fondos necesarios o prefiere invertirlos en otras cosas, a su parecer, más importantes.

